

Literatura periodística y dispersión: algunas colaboraciones olvidadas de Clarín en la prensa de provincias

Journalistic Literature and Dispersion: some Forgotten Texts of Clarín in Provincial Press

Ángeles Ezama Gil
Universidad de Zaragoza

RESUMEN

Con esta contribución quiero rescatar del olvido varios textos de Leopoldo Alas, *Clarín*, publicados en la prensa de provincias, planteando así una reflexión sobre la relación del escritor con la prensa local, en la que han ido apareciendo algunos textos que completan el panorama de su escritura periodística (*El Eco del Guadalupe* de Alcañiz, *Las Provincias* de Valencia). Son en total 13 artículos de crítica, en su mayor parte literarios y solo ocasionalmente políticos. Incluyo como presentación algunas consideraciones previas sobre los distintos modos de la escritura periodística de Clarín que se identifican en los textos recogidos, así como sobre la sección «Instantáneas».

Palabras Clave: Clarín; Literatura periodística; prensa de provincias; crítica literaria; Pardo Bazán; Paliques; Jacinto Octavio Picón; José Feliu y Codina.

ABSTRACT

With this research I want to rescue some forgotten texts of Leopoldo Alas, *Clarín*, published in provincial press, at the same time reflecting on the relation of the writer with the local press in which they have been appearing several articles which complete the whole of his journalistic writing (*El Eco del Guadalupe*, Alcañiz; *Las Provincias*, Valencia). They consist of 13 texts, that include articles of literary critic and occasionally political articles. Previously I present some considerations on the different ways from the journalistic writing of Clarín, and on the «Instantáneas» section.

Key words: Clarín; Journalistic literature; Provincial Press; Literary criticism; Pardo Bazán; Paliques; Jacinto Octavio Picón; José Feliu y Codina.

La reciente edición de *Cuentos morales* realizada por Jean-François Botrel (2012), fuente de sugerencias para el investigador, es el origen una pequeña indagación mediante la que he podido localizar algunas colaboraciones de Clarín en varios periódicos de provincias, que no parece que hayan sido recogidas con anterioridad.

Con esta indagación me gustaría inducir a la reflexión sobre un asunto interesante y no suficientemente atendido hasta ahora, cual es el de la relación de Clarín con la prensa de provincias. La obra periodística de Leopoldo Alas ha sido revisada de modo bastante sistemático en periódicos y revistas de Madrid, Barcelona y Asturias, además de en unas cuantas publicaciones extranjeras (Lissorgues, 2004: 15-16); como excepción hay que destacar dos trabajos que ilustran la colaboración clariniana en *El Eco del Guadalupe* de Alcañiz (Micolau, 2011) y en la prensa valenciana (Alonso, 2001). En este respecto, afirma Botrel: «Buenas y gratas sorpresas podrá deparar, sin embargo, el examen sistemático de la prensa provincial, muy especialmente de la asturiana, de difícil acceso hoy en día todavía» (2001a: 81; véase también Lissorgues y Botrel, 2002: 8-9); afirmación con la que no puedo menos que estar de acuerdo a la vista de los textos que aquí presento.

Los periódicos de provincias a menudo reproducen colaboraciones tomadas de los de Madrid y Barcelona, indicando la fuente solo ocasionalmente (Botrel, 1993: 27; 2001a: 80; 2001b: 127)¹; por ello hay que ser muy cauto a la hora de establecer el carácter inédito de los textos localizados, y aunque estos textos vengan precedidos de la coletilla *Colaboración inédita*; por fortuna ahora disponemos, como instrumento de referencia, de la edición de los artículos de Clarín en prensa, en 5 volúmenes (V-IX), que forma parte de la edición de sus *Obras completas* en la editorial Nobel (2002-2005) (2005a y 2005b).

Además del plagio sistemático, es también habitual que los escritores, ya directamente, o ya por medio de agencias de prensa, decidan enviar sus textos a provincias; agencias como Almodóbar o la Asociación Literaria prestaron servicio a los escritores para este fin; a la primera de ellas recurrió Clarín para colocar sus relatos, y figuró en la lista de colaboradores de la segunda²: «Seguramente, a través de estas agencias llegaron a periódicos periféricos artículos de Clarín con el marchamo de *colaboración inédita y prohibida la reproducción*», señala Cecilio Alonso (2002: 166), que ofrece algunos datos al respecto.

¹ En un divertido cuadro de costumbres, «Los zánganos de la prensa» (*La Abeja Montañesa*, julio de 1864), José María de Pereda trazó el perfil del periódico de provincias al que llama «periódico de tijera», porque básicamente se construye recortando noticias de otros periódicos (Pereda, 2009: 198).

² La Agencia periodística y de noticias Almodóbar, fundada en 1890, facilitaba cuentos originales y traducidos mediante un servicio de *colaboración inédita ilustrada* (Alonso, 2002: 166); en 1903 se anunciaba: «Folletines. Cuentos ilustrados de los mejores escritores españoles. Clichés religiosos. Retratos. Grabados. Lotería y cuantos servicios necesita la prensa» (*Anuario del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración*, 1903, p. 343); entre sus colaboradores literarios y artísticos se contaban los más importantes escritores y dibujantes del periodo. La Asociación Literaria, creada en 1897, proporcionaba crónicas y material literario a periódicos provincianos (Altabella, 1972: 12-27; Alonso, 2002: 165-166).

Esto explicaría, por ejemplo, que el mismo «Palique» aparezca en *La Crónica Meridional* de Almería y *El Liberal* de Alicante el mismo día (26 de enero de 1892), o que algunos artículos publicados en la prensa local se editen a muy poca distancia uno de otro pero en fechas similares, v.gr. dos paliques que reproduce *El Serpis* de Alcoy el 15 de octubre y el 22 de noviembre aparecen en *El Eco del Guadalope* los días 22 de octubre y 23 de noviembre, respectivamente. También puedo aducir en abono de esta tesis que varias de las «Instantáneas» que Clarín publicó en *Las Provincias* de Valencia se editaron en fechas próximas en el diario pacense *La Región Extremeña*; en el primero se insertaron 15 «Instantáneas» y en el segundo 10, de las cuales 7 coinciden con las del diario valenciano y tres no³; en la edición de los textos se anticipa casi siempre *Las Provincias*, donde van dirigidos al director del periódico, por lo que se podría pensar en una colaboración directa del autor; no obstante, *La Región Extremeña* presenta su sección de «Instantáneas» implicando a las agencias de prensa:

Con objeto de darle amenidad e interés, hemos contratado con las mejores Agencias periodísticas de Madrid y el extranjero algunos servicios, como el que ya venimos publicando de *Instantáneas*, y el que publicaremos de *Crónicas semanales*, que seguramente han de ver con gusto nuestros abonados⁴.

Las colaboraciones publicadas en *El Guadalete* y *La Crónica Meridional* probablemente guardan alguna relación con la estancia de Alas en Andalucía entre diciembre de 1882 y enero de 1883 como reportero de *El Día* para escribir la serie de artículos sobre «El hambre en Andalucía» y «La crisis en Andalucía» (1973). Significativamente el espacio en que más hincapié se hace en estos artículos es Jerez, lugar en que se publica *El Guadalete* y en que Clarín da a la luz, sin firma, casi todas las cartas del reportaje, algunas incluso antes que en *El Día* (Clarín, 2001). Durante su estancia en las distintas provincias andaluzas Clarín visitó algunos periódicos, entre ellos *El Guadalete. Periódico Político y Literario* (Lissorgues, 2007: 357-366)⁵; este periódico, de signo liberal en sus comienzos, empezó a publicarse en Cádiz en 1834, pasando en 1852 a publicarse en Jerez y haciéndose de periodicidad diaria y de ideología conservadora. Por otra parte, *La Crónica Meridional. Diario Liberal Independiente y de Intereses Generales* empezó a editarse en Almería en 1860 y estuvo dirigido hasta 1903 por su fundador Francisco Rueda López (Checa, 2011: 125).

³ Agradezco a Cecilio Alonso la copia de las «Instantáneas» publicadas en *Las Provincias*.

⁴ Anónimo (1892). «A nuestros suscriptores», *La Región Extremeña*. 8 de diciembre, p. 1.

⁵ «Hemos tenido el gusto de saludar en nuestra redacción al Sr. D. Leopoldo Alas, catedrático de la Universidad de Zaragoza y brillante escritor» («Gacetillas», *El Guadalete*, 16 de enero de 1883, p. 2).

Pero, aparte de en la prensa andaluza, se puede comprobar que los artículos críticos de Leopoldo Alas, especialmente los paliques, aparecieron publicados en medios periodísticos de toda España, fundamentalmente liberales y republicanos. Son estos: *La Lucha: Órgano del Partido Liberal de la Provincia de Gerona* (1871-1910), *La Región Extremeña: Diario Republicano* de Badajoz (1863-1920), *El Liberal Navarro. Diario de Pamplona* (1886-1897), *El Liberal: Diario Político y de Intereses Materiales* de Alicante (1886-1907), *El Serpis: Periódico de la Mañana* de Alcoy (1878-1897) y *El Noticiero Balear: Diario de Avisos y Noticias* de Palma de Mallorca (1891-1894).

Esta dispersión en la edición de la obra periodística clariniana coincide con el desarrollo de la prensa de provincias a finales del siglo XIX, sobre todo en sus dos últimas décadas, debido sobre todo al aumento de periódicos no políticos, a la libertad de prensa después de 1883 y a la instauración del sufragio universal en 1890 (Botrel, 1993: 23). Este desarrollo implica que la prensa de provincias ya no va a competir solo con la de Madrid, que es la que goza de una mayor capacidad de irradiación, sino también con las diversas publicaciones regionales (Sánchez Aranda, 1991: 167-172).

MODALIDADES DE ESCRITURA PERIODÍSTICA

Tanto los artículos como los cuentos clarinianos se difunden por medio de la prensa, *v.gr.* todos los relatos de la colección *Cuentos morales*, sin excepción, se publicaron primero en este medio (el artículo y el cuento son formas de literatura periódica, esa *littérature au quotidien* de que habla Thérenty, 2007), antes de ser recopilados en una colección como era práctica habitual entre los cuentistas de finales del siglo XIX (Ezama, 1992: 35-39). El trabajo periodístico es uno: el artículo, la entrega por la que se le paga, pero en el caso del cuento puede tratarse de una o de varias entregas (Botrel, 2012: 15).

Y si el trabajo es uno, las formas son diversas; pueden ser inequívocamente cuentos, o artículos de crítica, pero estos a veces tienen «cierta factura literaria» (Lissorgues, 2005: 40). Son los *artículos/cuentos* sobre los que ha escrito González Herrán (2002; véase también Ezama, 1988: 783-784), y sobre los que insiste Botrel cuando afirma que el *artículo-cuento* sirve «para encarnar ideas y sentimientos que un artículo doctrinal no permitiría sentir o hacer sentir; por eso el cuento es una herramienta, un arma, en el abanico de los medios de que se ha dotado desde hace tiempo Clarín» (Botrel, 2012: 16). Estas formas híbridas proliferan en la prensa en un siglo en el que esta se halla fuertemente literaturizada (Thérenty, 2007: 124-206). Las fronteras son difusas entre artículo y cuento; este es «un artículo y algo más que un artículo, por más que no siempre, por sus características formales, se puedan establecer fronteras muy claras», afirma Botrel, que considera que los cuentos

se benefician de una elaboración o escritura más cuidada, tal vez menos espontánea que la del palique, por ejemplo [...] se puede notar cierta preocupación por despojarlos de algunos rasgos definitorios de la escritura periodística, como el dialogismo, esforzándose *Clarín* por conferirles una mayor impersonalidad (Botrel, 2012: 20).

El *Palique* fue la modalidad periodística más cultivada por *Clarín* a lo largo de toda su carrera periodística, entre 1875 y 1901; en total son 699 los artículos con este título contabilizados por Lissorgues (2005: 15). Martínez Cachero acotó hace algunas décadas sus rasgos definitorios:

Externamente [es] un artículo periodístico de extensión normal, tratando de unos cuantos —dos a cinco— asuntos, independientes entre sí, unas veces, o, más de ordinario, ligados de alguna manera, concatenados, como saliendo uno del anterior. Tres asteriscos señalan gráficamente la separación. Párrafo corto, a veces de una sola línea. Hay no pocos puntos suspensivos, exclamaciones, admiraciones e interrogaciones. Un rasgo de la expresión paliquera es la intercalación de incisos, parentéticos o no, relativos a cuestiones marginales, que interrumpen el natural fluir del discurso-núcleo o eje; muy frecuentemente se trata de ingeniosidades y anécdotas.

Internamente señalaríamos como privativos del *palique*: a) la sátira, que a veces se torna de bajo vuelo, yéndose tras el golpe fácil y estentóreo, ese golpe que impresiona al lector común; b) hay indudable ingenio gracioso, travieso y, a veces mal intencionado en réplicas, alusiones, etc. Podría afirmarse que un palique serio es un contrasentido, difícilmente aceptado por los lectores habituales de los mismos (Martínez Cachero, 1973: 31-32).

Afirmación esta última en la que no coincide Lissorgues (2005: 17), ya que «El *palique* es también un artículo camaleón, que toma algo del color dominante del periódico para el que se escribe»; así, *v.gr.* los paliques publicados en *El Guadalete* responden a las características determinadas por Martínez Cachero, en tanto que los aparecidos en *La Lucha* y *El Noticiero Balear* tienen un carácter grave y reflexivo más propio de otras modalidades periodísticas como la revista. El palique le sirve a *Clarín* para ejercer su crítica «higiénica y policíaca», como la de Boileau, «combatiendo el mal gusto y los adesios» (Clarín, 1973: 64), «crítica aplicada a una realidad histórica que se quiere mejorar, conducir por buen camino» (Clarín, 1973: 66).

La revista *mínima* es la segunda modalidad periodística en número detrás de los paliques; *Clarín* practicó esta modalidad entre 1888 y 1901; en total Lissorgues (2005: 24-25) contabiliza 118 textos con este título. El escritor la define en la primera «Revista mínima» que publica en el diario *La Publicidad* el 26 de mayo de 1888:

La llamo *Revista mínima* porque, en efecto, será pequeñísima, unas veces porque será poquísimo lo revisado en comparación de lo que habría que revisar, y otras veces porque será muy pequeño el espacio que dedicaré a multitud de materias. ¿Y qué asuntos entrarán en mis apuntes? Generalmente los literarios, pero también a veces me permitiré tratar cierta cuasi-política, cierta cuasi-filosofía, cierta cuasi-religión, sin contar con otros cuasis.

La *sátura* es una modalidad similar a la del palique; de hecho 11 sáturas figuran en el volumen *Palique* de 1893. Clarín comenzó a publicarlas en *El Día* en 1892. El periodista la define de este modo:

Llamo *sátura* a estos articulejos por no llamarlos ensalada, nombre de cocina que me repugna. [...]

Digo *sátura* y no *sátira*, porque siempre será esto mezcla de varios ingredientes, y tal es el sentido directo de la palabra en su acepción primitiva, y no siempre será satírico lo que tenga que decir. Aun añadiré que será satírico las menos veces que yo pueda (Clarín, 1973: 163).

La revista, sin calificativo («Revista literaria», «Revista mínima») o sin sintagma preposicional («Revista del año cómico»), es poco habitual en la escritura periodística de Clarín (algunas de estas revistas aparecieron en *El Solfeo*, 1878). La que se publica en *La Lucha* el 12 de agosto de 1892 responde, en buena parte, al modelo de la revista literaria, esto es, diserta sobre la buena literatura y suele ser monotemática, generalmente es una entrega más larga que la correspondiente a otro tipo de artículos (Lissorgues, 2005: 25-30).

LAS «INSTANTÁNEAS»

Las «Instantáneas» son muy similares a los paliques y entre ellas las hay igualmente frívolas (14 de marzo de 1893) y serias (29 de abril de 1893). Además el título de esta sección no es exclusivo de Clarín, aunque bajo este marbete aparecieran muchos de sus artículos publicados en *Las Provincias*, y también artículos de Emilia Pardo Bazán (Axeitos y Carballal, 2004: 369-370); la misma sección se publicó en *La Región Extremeña*, que incluyó textos de Clarín, Pardo Bazán, Taboada, Zahonero, Pérez Nieva y otros.

En este respecto hay que señalar que el marbete de *Instantánea*, en singular o en plural, se pone de moda en los años 90, al hilo de la creciente popularidad de la instantánea fotográfica; se publica incluso una revista con este título (1898-1900). Tampoco hay que desdeñar la afición del fin de siglo por las formas narrativas muy breves, manifiesta en los títulos de diversas colaboraciones periodísticas como las de

novelas relámpagos, cuentos pequeñitos, cuentos de un minuto, pequeñas historias, cuentos microscópicos, cuentos relámpagos, cuentos breves, narraciones diminutas, relatos breves, novelas en germen, narraciones al vuelo, efímeras, rápidas, microscópicas, o instantáneas (Ezama, 1992: 33).

Así, en 1893 *El Siglo Futuro* incluía una sección de «Instantáneas», en 1894 fue *La Época*, en 1895 *La Gran Vía* y en 1897 *El Globo*. Entre 1894 y 1897 el periodista Antonio Zozaya (*Carlos Cristian*, *C.Ch.F. Schuller*) firmó muchos cuentecitos en una sección con el título de «Instantánea» en el diario madrileño *La Justicia*.

Son características de las «Instantáneas» la fragmentación y la inmediatez, y en el caso de las publicadas en *Las Provincias*, el molde formal es el de las cartas al director: «En conclusión, nos encontramos con textos breves escritos por autores conocidos y ajenos a la redacción del periódico, de los que los lectores esperarían encontrar su opinión acerca de la actualidad de la época» (Axeitos y Carballal, 2004: 372).

TEMAS

La mayor parte de estos artículos son de tema literario, primordialmente revistas de los libros publicados y en ocasiones de estrenos teatrales. Algunos de ellos, sin embargo, tratan parcial (7 de febrero de 1882, 8 de agosto de 1892) o totalmente (20 de agosto de 1893, 23 de agosto de 1896) de cuestiones de interés político: la negativa a pagar la contribución industrial por parte de un grupo de síndicos (7 de febrero de 1882), la suspensión de las Cortes y el papel de los diputados en Madrid (8 agosto 1892), los discursos políticos (5 de diciembre de 1892), y la reforma de la enseñanza (20 de agosto de 1893) (Lissorgues, 1981: 45-117); alguno de ellos, como el de 5 de diciembre de 1892 deja entrever la fidelidad de Clarín a la figura de Castelar (Lissorgues, 1980: XLV-LVIII). Y siempre: la reflexión sobre la lengua (Navarro, 1983; Ezama, 1997: LIII-LX; Botrel, 2012: 44-51).

«LAS PALABRAS, MI QUERIDO HERIBERTO, SON COMO LAS CEREZAS, Y SE ENGANCHAN Y ENREDAN...»⁶: LA ELABORACIÓN DEL DISCURSO PERIODÍSTICO EN CLARÍN

Una de las cuestiones fundamentales en la literatura periodística es la de las variantes o versiones, ya que, al igual que las formas de literatura popular suelen vivir en variantes, lo mismo sucede con el artículo periodístico. Son conocidas, por ejemplo, las versiones de un mismo tema en artículos publicados por Emilia Pardo Bazán primero en periódicos españoles y luego en latinoamericanos como el *Diario de la Marina* o *La Nación* (González Herrán, 2013); también se ha documentado algún caso en Manuel Gutiérrez Nájera (Díaz y Bache, 2002: 31-32, n. 1), entre otros.

En la escritura periodística de Clarín sucede lo mismo, y se descubren variantes no solo entre el periódico y el libro, sino también entre los artículos publicados en periódicos de Madrid y Barcelona y los de provincias, o entre los publicados en la prensa española y la de otros países (*Las Noveda-*

⁶ La frase corresponde a una carta dirigida por Juan Valera a su amigo Heriberto García de Quevedo desde Río de Janeiro el 10 de mayo de 1853 (Valera, 2002: 226).

des, *La Nación*). Si el periódico propone una visión fragmentada del mundo, ofrece una suma de fragmentos de actualidad, como sugiere Thérénty (2007: 78-79), la obra del periodista se compone también de fragmentos, los diversos textos periodísticos, que se complementan unos con otros en una suerte de inmenso puzzle, y la suma de lo que el escritor opina sobre un tema se obtiene combinando los varios textos que escribe para la prensa sobre el mismo. A veces sólo se repiten los temas, los personajes, alguna anécdota, pero a veces también las palabras se engarzan entre unos y otros artículos estableciendo vínculos entre ellos. Pondré algunos ejemplos que tienen relación con los artículos recogidos en el apéndice.

Sobre el drama de José Feliú y Codina *La Dolores* escribió Clarín un meditado artículo en el que reflexionaba sobre las virtudes y los defectos de la obra, una «Revista literaria» publicada en *Los Lunes de El Imparcial* el 24 de abril de 1893; pero, además, introdujo consideraciones sobre el drama en otros tres artículos, en los que la obra de Feliú es una excusa para arremeter contra Emilia Pardo Bazán, que había emitido un juicio muy favorable sobre ella⁷: «Palique» (*Madrid Cómico*, 22 de abril de 1893), «Como gustéis» (*Las Novedades*, 15 de junio de 1893) y la «Instantánea» aparecida en *La Región Extremeña* el 29 de abril del mismo año; es en este último donde la descalificación del juicio de la autora coruñesa cobra mayor relevancia.

El palique «El repórter y el gondolero», publicado en *El Guadalete* el 17 de octubre de 1896, articula su primera parte sobre una anécdota relativa al *Otelo* que repite abreviada el que aparece en *Madrid Cómico* el mismo día.

En otras ocasiones las palabras de un artículo funcionan como punto de partida de otro; así, el final del «Palique» publicado en *Madrid Cómico* el 24 de junio de 1893 parece dar pie al del 6 de julio del mismo año aparecido en *La Lucha*:

A última hora ese crítico mismo escribe una cosa que él llama «Impresiones literarias», revista de letras dedicada a un libro titulado *La crisis de la agricultura*. ¡Pero si eso no es literatura! Sin embargo, ¡ahí le duele! Cultive usted eso... los campos; insista usted en examinar lucubraciones acerca de los abonos, y déjele al amor sus glorias ciertas.

Por otra parte, el asunto sobre el que trata el «Palique» publicado en *El Serpis* el 7 de febrero de 1882, el de la negativa del Sr. Maltrana a pagar la contribución, lo continúa Clarín, junto con otros temas, en el que aparece en *La Publicidad* el día 9 del mismo mes.

⁷ Emilia Pardo Bazán, «*La Dolores* (estreno de Feliú y Codina)», *Nuevo Teatro Crítico*, 27 de marzo de 1893, pp. 104-111.

CONCLUSIONES

De estas reflexiones pueden deducirse algunas consideraciones de orden particular, relativas a los textos recogidos en el apéndice, y otras de alcance general.

Por lo que concierne al periodismo clariniano, es evidente que los artículos de Clarín llegaron a la prensa de provincias, y no siempre copiados de los grandes diarios de Madrid y Barcelona o de otros periódicos de provincias, sino que a veces la fuente primera y/o única en que pueden documentarse algunos de estos textos es la prensa regional. Puede afirmarse que Clarín colaboró de modo directo en algunos casos con los periódicos de provincias, pero salvo cuando tal circunstancia se indica, lo que es poco frecuente (así se indica, *v.gr.* en algunos paliques publicados en *El Eco del Guadalupe* o en algunas «Instantáneas» aparecidas en *Las Provincias*), lo más habitual es que la prensa regional «tome prestados» los artículos de otros periódicos, a veces indicando la fuente (como sucede en *El Guadalete*), pero a menudo sin señalar su procedencia (*v.gr.* *La Crónica Meridional* copia algunos artículos clarinianos de *El Guadalete*).

Por otra parte, las reflexiones sugeridas por el estudio de estos textos clarinianos plantean algunas cuestiones de alcance general en relación con la investigación sobre el periodismo. La primera es la necesidad de prestar una mayor atención a la prensa de provincias para tener una visión más completa de la obra periodística de los escritores españoles. Para ello, en segundo lugar, sería preciso dedicar algún tiempo a investigar sobre la historia de las agencias de prensa españolas, fundamentales en el proceso de dispersión que afecta a los textos periodísticos; gracias a su mediación la prensa local no siempre se limita a copiar de otros medios, sino que con alguna frecuencia ofrece también primicias periodísticas, que se adelantan en una u otra provincia, probablemente en función de los avatares del correo. Por último, creo que se impone una reflexión sobre la construcción del discurso periodístico, en fragmentos y en variantes, encadenados a través de las palabras que se van repitiendo y van dando coherencia a la escritura periodística de cada autor; reflexión que el análisis de textos concretos permitirá aquilatar.

APÉNDICE
TEXTOS CLARINIANOS OLVIDADOS.

1.—«Variedades. Palique», *El Serpis*. 7 de febrero de 1882, p. 3.

El personaje de la quincena es un señor Maltrana que no quiere pagar la contribución.

Sus razones tendrá para ello; yo le alabo el gusto; y lo que es, como se salga con la suya, no cabe duda que la invención es, a más de moderna, delicada, como la de la taberna, según dijo el poeta.

Como todas las grandes ideas, esto de no pagar diezmos ni primicias al Gobierno, tiene sus prosélitos, y ya son muchos los comerciantes de ultramarinos que dicen que ellos no pagan. El Sr. Maltrana se ha puesto a la cabeza del movimiento, nuevo Masaniello, sin ofender a D. Mariano Catalina, que cree que no hay más Masaniellos que el suyo.

Para que sea mayor el parecido con Masaniello, el Sr. Maltrana creo que también vende pescado, aunque no estoy seguro. De todas suertes, yo no quisiera ofenderle; Aunque bien mirado, no cabe en esto ofensa porque el vender pescado no es delito, si el pescado es fresco.

De todo esto parece ser que tiene la culpa el Sr. Camacho que creo que se ha empeñado en que cada pez que salga del Mediterráneo tenga en adelante, en vez de las consabidas barras catalanas, un *sello móvil* pegado a la espalda con la rúbrica de Neptuno.

Lo cierto es que a este Sr. Ministro le da como a los chiquillos, por las colecciones de sellos y todo lo sella y timbra. Hasta los buñuelos quiere que tengan sello móvil.

Y los buñoleros, viendo comprometida la dignidad del buñuelo, han resuelto retirarse a la vida privada.

Y así anda la literatura, especialmente la literatura dramática.

Porque si la sal de la tierra se disipa, ¿con qué se salará?, como dice San Mateo.

No haciendo buñuelos nuestros autores dramáticos, ¿qué han de hacer?

Traducir, dirá el lector.

Eso ya lo hacen, pero no visto. Es necesario que el teatro mismo produzca algo también aunque sean buñuelos.

A propósito de autores de comedias.

Ahora han descubierto algunos de los más acreditados, o por lo menos de los más corridos, la aplicación de la taquigrafía al teatro.

Verán VV. lo que se hace. Se va el poeta a un teatro (probablemente con levita si es de regalo), saca los chismes de copia taquigráficamente, copia cualquier comedia que oye, la pone después en limpio y lo da como cosa suya a otro coliseo.

Esto es muy económico; con una comedia que discurre otro sacándola de su cabeza o de la cabeza de Mr. Pas Aurez, tenemos para todo el año, porque los demás autores no tienen ya más que copiar y cantar.

Los autores de música han practicado esto desde hace mucho tiempo. Ahí está el Sr. Cereceda, maestro compositor, que entra por Fausto y por Marina como Pedro por su casa, o como Pina por casa de Salleron, y esto quiero, esto no quiero, hace una zarzuela en colaboración de las mayores eminencias.

Pues si a copiar vamos, tampoco los críticos de ojeras se quedan a la cola; al pobre Sendo le han fusilado todas sus revistas y Dios mediante las que le fusilarán andando el tiempo y las óperas. Así es que el señor Lestellier que quiere estar bien con los críticos prosículos [*sic*] los ha convidado a comer, que es lo que debería hacer Sagasta con el Sr. Maltrana y el sindicato de su mando.

Pero si el Sr. Lestellier no ha convidado más que a los verdaderos críticos musicales no le habrá salido caro el banquete.

Habrà comido solo.

2.—«Revista (*Colaboración inédita*)», *El Liberal Navarro*. 8 de agosto de 1892, pp. 1-2.

Ya no hay padres de la patria con residencia, es decir, que se han suspendido, o como se llame eso, las sesiones de Cortes y los padres circunscritos, que decía el otro, se han *vertido*, a manera de folletines, por esas provincias de Dios y de los motines.

Ahora cada cual, cada padre vuelve a ser hijo de sus obras y a responder ante el distrito, si sabe dónde está o hacia dónde cae, de su *negotiorum gestio*. A unos cuantos, particularmente a los que tienen aproximaciones por ser ministros, o cualquier reintegro en tabacaleras o trasatlánticas, les esperan en su pueblo natal, o cuasi natal, con los brazos abiertos y con una murga a la puerta de casa; pero a los más, gracias que no les aguarden con garrotes, o con unas cuantas verduleras de esas enemigas de la evolución que ahora se usan. Figúrense ustedes cómo estarán de furiosos en todos esos distritos en que se suprime alguna audiencia, o algún juzgado, o algún *momio*.

Los electores creen generalmente que los diputados los mandan ellos a Madrid para que saquen todo el provecho posible de su influencia en beneficio particular de la localidad que les envía y aunque sea en perjuicio de todo lo demás de España; y el que venga detrás que arree. No hay quien arranque esta idea al cuerpo electoral, que es egoísta de suyo, y como casi todos los cuerpos y aun muchos espíritus. De modo que al ver de vuelta al diputado con las manos vacías y con el juzgado perdido, ¡figúrense ustedes que indignación!

Y en cierto modo no les falta razón. Porque si se perdió el juzgado, por ejemplo, no fue porque precisamente aquel fuera el que sobrara, el que había

que suprimir necesariamente, sino porque el diputado no tuvo agallas, y quien dice agallas dice lengua, para defender los intereses de su distrito.

Todos andan por ahí diciendo que lo que nos sobra son oradores; que «menos discursos y más hechos». Pues ahora lo ven: distrito con diputado tartamudo... distrito de economías.

El gobierno corta por donde no oye gritos; no tiene más criterio que este: «Aquí no chillan». ¿Qué distrito se salva? El que tiene un diputado que da *juego* en las discusiones o por lo menos es capaz de *explanar una interpelación*; pero el que no explana ni juega más que en el casino y llama *establecimiento* al Congreso y tiene miedo a la acerada crítica de los maceros y no se atreve a hablar porque recuerda que no sabe lo que es subjuntivo, ese está perdido y con él el juzgado o lo que sea del distrito que casi le vio nacer, como decía el personaje de Pereda.

Los que están en grande son los personajes políticos que le hacen un favor a una provincia entera con dignarse visitarla. Para mejor guardar el incógnito, viajan modestamente «de gorra». Sin sacar del bolsillo una peseta en tres meses, recorren medio mundo, se comen los mejores bocados y hasta se atraen las miradas y las sonrisas de las mejores mozas.

Pero más felices que ellos son todavía los que pagan, los encargados de dar posada al peregrino. ¡Con qué alegría engendradora por la vanidad y la esperanza de futuras recompensas, gastan los cuartos y los sudores en preparar el nido al grande hombre que a lo mejor resulta que es Castañeda o a todo tirar Cos-Gayón, varón magnífico y ex-cuestor de Palacio!

En cambio, ¡cómo rabian los del partido contrario, que ven mano sobre mano los preparativos que hacen los enemigos para recibir al *hombrón* que a ellos, a los que no preparan nada, les ha de moler a palos en cuanto sea Gobierno, pues para eso no le quieren los otros, para que les muele!

Y ¡qué de epigramas en la plaza, en el paseo, en el muelle, donde caiga, contra los preparativos de los caciques que esperan al *prócer*!

—¿Con que D. Sisenando está echando la casa por la ventana para recibir dignamente al *caudillo liberal* (o conservador, o lo que sea)?

—Ya lo creo; ¡vaya, vaya! Está gastando el oro y el moro.

Por de pronto ya ha encargado a Pepa la frescachona que le fregara toda la escalera, inclusive el descanso, sin reparar en gastos ni en estropajos.

Y la digna esposa de D. Sisenando ya ha encargado a la modista que le volviera el vestido de seda que se hizo cuando por poco viene la reina a su casa a tomar un tentempié y por fin no vino.

—Entonces se quedó sin ser marquesa... ¡Pero lo que es ahora!...

—Figúrese Ud.; ¡cosa segura!... Por algo se friega una escalera.

* * *

No es mal fregado el que están armando algunos eruditos para limpiar y fijar la historia del descubrimiento de América.

Más que la feria del Centenario, parece esto «la feria de las vanidades» como dijo el novelista inglés.

Y todavía falta Cánovas para decir, como siempre, la última palabra y demostrarnos gracias a un libro que tiene él en casa y que no quiere enseñar a nadie, que el Nuevo Mundo no lo descubrió Colón, ni un monje indio ni los normandos... sino un tío que tuvo Cánovas, que se llamaba D. Serafín, alias El Solitario. ¡Solo que como era poco comunicativo, no quiso decírselo a nadie!

* * *

No solo a los ojos de Cánovas, sino a los menos extraviados del Sr. Burell, distinguido periodista y ex-revolucionario, tienen gran valor los libros raros.

Porque, según leo, este Sr. Burell, amigo mío, ha asegurado que los republicanos leen libros baratos.

¿Y qué? En libros que cuestan muy pocos cuartos andan hoy escritas las mejores obras del mundo: *La República* y las *Leyes* de Platón, la *Política* de Aristóteles, las obras políticas de Cicerón, las de Santo Tomás, las de Grocio, Leibnitz, Locke, Montesquieu, Bentham, Kant, Hegel, Spencer, etc., etc., puede comprarlas cualquier *pobre* por una docena de pesetas todas juntas...

Burell habrá querido decir otra cosa; habrá aludido a la lectura de obras vulgares, ligeras, fáciles, superficiales...

A esto solo contestaré que... Martínez Campos es monárquico.

Y el Pentateuco que ese haya leído, que me lo claven en la frente.

También es monárquico Fabié y no creo yo que haya bebido sus ideas en el libro apocalíptico sellado con siete sellos.

Desengañese Burell; nuestros monárquicos no lo son por la ciencia hermética que sepan; los más se contentan con la gramática parda, que no es ningún incunable.

* * *

Libro bueno para republicanos porque es barato y de fácil lectura, es el titulado *Caricaturas* que no ha mucho ha puesto a la venta el activo y desinteresado editor F. Lasanta.

Caricaturas es obra de Luis Taboada y con esto está dicho casi todo.

Lo demás que hay que decir es, que tal vez en esta nueva colección de saludísimos bocetos cómicos se acentúe más que en los anteriores la aptitud que Taboada posee para el cuadro de costumbres, para el humorismo o como quiera llamarse, de alto vuelo. Taboada no solo dice chistes, no solo tiene *salidas* originales, sino que observa con gran perspicacia (aunque él se burla

de los *observadores*) y dibuja con corrección de caricaturista que es un verdadero pintor, los caracteres *exagerados, trasportados* [sic] que abundan en sus obras.

Hay escritores ingeniosos, intencionados, sobrios, que se hacen admirar, que nos hacen gozar... sin movernos a risa. Taboada es de los pocos contemporáneos que tienen el secreto de la risa, franca, alegre, que es una delicia entre literaria y sensual. Dios y los lectores que compran los libros le paguen a Taboada el buen rato que me ha hecho pasar su libro *Caricaturas*.

* * *

Jacinto Octavio Picón es uno de los novelistas y críticos de la generación que está dejando de ser joven, que empieza a ser veterano de las letras, que toman con más seriedad y atención la carrera de las letras.

Afiliado al realismo con entusiasmo y convicción desde los primeros días en que esta escuela o tendencia reapareció en España, ha permanecido fiel a su bandera en sus muchos estudios críticos, algunos de los cuales tuvieron gran resonancia, y particularmente en sus varias novelas leídas y comentadas dentro y fuera de España. Es Picón un escritor correcto, ilustrado, de mucha conciencia y moderación, y hasta en sus libros y artículos se traduce que ha sabido librarse de la lepra de la envidia y de la emulación mal entendida que corroe las entrañas de ciertos *próceres* del arte que se creen muy superiores al autor de *Juan Vulgar*, solo acaso porque le ven más modesto.

Picón no tiene enemigos, pero no porque no merezca los dardos de la envidia, sino porque ni siquiera hay pretexto en sus escritos y en sus actos para atacarle.

Su última obra se titula *Novelitas*, diminutivo que debiera pasar a la categoría de positivo con significación peculiar, para que así tuviéramos palabra correspondiente con exactitud a la *novella* y a la *nouvelle*, que en Alemania por ejemplo representa un género aparte, con caracteres bien distintos.

El cuento no es la *novella*.

Y la novela, a pesar del nombre, tampoco, pues nuestra novela es *le roman, il romanzo*. Nosotros hemos aplicado el nombre novela al *roman, romanzo*, más que por pobreza de idioma por riqueza de literatura, porque nuestro *romance* es otra, algo muy glorioso y sin igual en otros países *románticos*. Somos los únicos *románticos, romancistas o románicos* que tenemos *Romancero*. ¡Y que no es tan malo!

Las *Novelitas* del señor Picón entran de lleno en el género de su nombre. Todas son agradables, están escritas con sinceridad y fuerza; el estilo, a más de correcto, sin pretensiones de amanerado purismo, es noble, sencillo, fácil, vehículo a propósito para la idea.

Picón medita, observa y siente. Su *Doña Georgia* es un cartón de suaves efectos, delicado y profundo de sentido.

Picón sin pensar en el mérito de los demás, a no ser para reconocerlo y declararlo, sigue su camino.

* * *

Y aquí debiera hablar de otro libro publicado por Antonio de Valbuena, el célebre *Venancio González* y el celeberrimo *Miguel de Escalada*; pero ya no nos queda espacio para decir de *Agridulces* — que así se titula la obra— todo lo que quiero decir, y lo dejo para un capítulo aparte, o sea, para la próxima *Instantánea*⁸.

3.—«Palique», *El Liberal Navarro*. 5 de diciembre de 1892, p. 1^o.

El señor Salmerón al replicar, por conducto de *El Liberal* el artículo segundo del señor Castelar, no se limita a emitir juicios relativos a la cuestión político-económica objeto del debate, sino que usando de una suave ironía, tan inesperada como graciosa, corrige el vocablo al gran orador y le advierte que donde dijo *francos* debió decir pesetas. Verdad es, ya lo sabe para otra vez el señor Castelar; pero ya que los republicanos nos andamos diciendo cuchufletas unos a otros, permítame el señor Salmerón que yo le advierta a él que en el renglón inmediato al de su correcto palmetazo dice él algo que está peor que lo de Castelar. Y dice «esos quinientos francos» (pesetas) *que con tanta urgencia faltan al Tesorero*.

No, señor Salmerón, en la falta no hay urgencia, la urgencia está en otra cosa, en que desaparezca la falta.

Si yo tengo hambre lo urgente no es el hambre, sino el comer, porque el hambre ya la tengo.

Urge una cosa cuando se necesita que venga o se haga pronto, no cuando ya se tiene y en vez de convenir perjudica.

Por lo demás yo le perdonaría al señor Salmerón de buen grado este lapsus si me explicara qué ha querido decir con lo de que hace falta transformar el Estado y la sociedad.

Yo opino que lo más urgente es que los políticos vayan hablando de otra manera. Lo primero es entendernos.

El señor Salmerón ¿quiere *transformar* la sociedad o reformarla?

⁸ Probablemente esta continuación sea la «Instantánea» publicada en *Las Provincias* el 18 de agosto de 1892.

⁹ Preceden a este «Palique» las siguientes palabras de la redacción: «Están de enhorabuena los lectores. Esta sección que de ordinario corre a nuestro cargo, con lo que dicho está que no puede tener grande ni pequeño atractivo, la cedemos hoy gustosos al eminente *Clarín*. Nos retiramos pues por el *foro*, y tiene la palabra el crítico de Oviedo».

No es lo mismo. Transformarla ¿por qué?

Tampoco yo estoy conforme con todo lo que dice y hace el señor Salmerrón, y sin embargo, por mi gusto no le transformaría, me contentaría con reformarla.

* * *

El señor Canalejas ha dicho en uno de sus últimos discursos (últimos por ahora) que la riqueza de las naciones consiste en tener grandes ejércitos.

En efecto, dadme un ejército en que sean soldados todos los ciudadanos y en que todos estén bien vestidos y bien alimentados y bien alojados y os daré un pueblo rico. O mejor dicho, me lo daréis vosotros a mí.

* * *

La verdad, oyendo las cosas que dicen algunos políticos ilustres, le da a uno rabia haber sido tan corto, y tan modesto en este pícaro mundo y no haberse metido también en edad temprana a salvar al país. Porque como diría Castelar, allá nos vamos todos.

* * *

Porque, señores, que teniendo tanto hombre insigne como tenemos, algunos, grandes economistas, tengamos tan poco dinero.

Y no nos queda el recurso, para comer, de hacernos la cabeza caldo...

Porque el caldo de la cabeza ya se sabe de qué se hace.

Y falta el seso.

No hay más remedio.

Hay que vivir de discursos.

Muy elocuentes... y con poca sintaxis si bien se mira.

4.—«Instantáneas», *La Región Extremeña*. 14 de marzo de 1893, p. 1.

Leo:

«Guía de la *Justicia* para mañana jueves: conferencia del Sr. Sánchez Moguel sobre D^a Concepción Arenal».

No le alabo el gusto a la *Justicia*; y esa Guía que la guía a oír al Sr. Moguel es la *guía del pecador*... que no se arrepiente.

¡Moguel y la Sra. Arenal!

¿Cómo pueden estar juntos
Dios y el diablo en un costal?
Hable sobre otros asuntos
Moguel, deje a los difuntos
si son como la Arenal.

La Sra. Arenal era la modestia en persona. Moguel la vanidad... en cate-
drático.

¡Y pensar que Moguel pudo vencer a Canalejas en pública oposición!
¡¡Y con justicia!!
¡¡¡Lisardo, en el mundo hay *menos*!!!

* * *

Asegura un periódico muy ilustrado que «D. Jerónimo Giménez tiene es-
critos dos actos de una ópera tomada de la producción de Calderón, el *Casti-
go sin venganza*».

Por lo visto, los dramas, al convertirse en óperas cambian de autor, por-
que el *Castigo sin venganza*, hasta ahora había sido de Lope de Vega.

Pero no se queje el Fénix de los ingenios; que otro compositor pondrá en
solfa *La vida es sueño*, y no faltará periodista, tal vez crítico, que descubra
que la letra es de Lope de Vega.

Tienen desgracia nuestros poetas dramáticos clásicos en la prensa moderna.

Un periódico hay, que cada vez que citaba aquello de

«Nunca a Dios llamaba bueno

hasta después de comer»

añade invariablemente, «como dijo Rojas». Lo cual prueba que no es mi
lapsus tal afirmación, sino hija de profundas y arraigadas convicciones.

Sus razones tendrá, tal vez políticas, ese colega, para llamar a Tirso de
Molina (autor de *Don Gil de las calzas verdes*) Rojas.

Y gracias que no le llaman Roxas.

* * *

Para que no todo sea hoy copiar disparates más o menos *dísticos*, concluiré
diciendo que acabo de recibir el primer tomo de la *Antología de poetas ame-
ricanos*, que publica la Academia.

Comprende Méjico y América central. Lleva el libro una introducción de
Menéndez y Pelayo, que es una maravilla de erudición, buen gusto, perspica-
cia y paciencia.

¡Porque Marcelino ha tenido que leer cada *pío pío* de algunos *sin sontes*
[sic] ilustres!

5.—«Palique», *La Lucha*. 25 de marzo de 1893, p. 1.

D. José Laserna, discretísimo periodista y amigo mío, decía no ha mucho, no sé si para consolar a Galdós del mal éxito de *Gerona*, que a Campoamor le habían silbado o pateado o cosa así, en *Cuerdos y locos*.

El señor Laserna está equivocado de medio a medio.

Cuerdos y locos obtuvo muy buen éxito; y el autor y los actores fueron llamados a las tablas infinidad de veces entre aplausos atronadores, y el drama o comedia se representó muchas, pero muchas noches seguidas.

La crítica acogió también con aplausos la obra de Campoamor, y D. Pe-regrín García Cadena, uno de los revisteros de teatros que más fama tenían entonces, consagró muchos artículos en la *Ilustración Española* a *Cuerdos y locos*, poema dramático en que veía él, y veían otros, nada menos que esto que ahora llaman *nuevos moldes*. Si el señor Laserna viera representar esa obra como la representaron Matilde Díez y sus compañeros, se interesaría como el público y encontraría allí mucho sentimiento, mucha gracia y mucha poesía *dramática*. Lo que hay es que el señor Laserna debe de confundir *Cuerdos y locos* con *Así se escribe la historia*, otra comedia de Campoamor que, en efecto, no fue del agrado del público. Así se escribe la historia.

* * *

La señorita Valencia, poetisa premiada por la Academia y levantada de cascos por el Padre Muiños, digo, Blanco García, no ha encontrado mejor manera de lamentar la muerte de Zorrilla que escribir unos versos, que bien serán un millón, imitando los del difunto, abusando de los ritmos parisilábicos y de la monorríma. Se pone a llamar a Zorrilla cosas que acaban en *aña* y allí sale la montaña, la campaña y la espadaña, y... en fin, que es una mala maña esa de adular a las muchachas que tienen el vicio, que tal vez cogieron con motivo de unas tercianas, de andar buscando consonantes, como podía darles por comer tierra o andar por la acera sin pisar raya. Así como se ha hecho popular, demasiado popular, la teoría penal de Lombroso y Cía, debiera popularizarse también lo mucho que la teratología moderna lleva escrito para mostrar, cómo la manía poetisa y *plumífera* tiene su causa en desarrollos fisiológicos.

Tan interesado está el P. Blanco que lo critica todo, como la señorita Valencia que lo *canta todo*.

No es esa manera de respetar a Zorrilla.

No hay que imitarle ahora de modo que parece que es que se le hace burla; ni mucho menos se debe hacer lo que el P. Blanco, recomendar las imitaciones de la señorita Valencia «a los que quisieran saborear el estilo de Zorrilla sin las molestias de la repetición» (¡) No está mal... *bostezo* crítico ese.

Y el P. Muiños, digo Blanco, llegará a académico (no; y Muiños también) y la señorita Valencia será también académica si la señora Pardo se sale con la suya de que la hagan *immortala* y queda la Academia con esa costumbre.

* * *

A propósito de la señora Pardo Bazán. Esta dama ilustre que no pierde nada por su boca, ha escrito un prólogo para un libro de cierta señora americana, y comienza así el tal prólogo:

«No sé si allá, en la América latina, se cree que me interesan las letras americanas tanto como en efecto me interesan»

Señora, no hablaría con más ínfulas una metrópoli.

Habla Ud. así tan de potencia a potencia con la *América latina*... que parece Ud. la América inglesa o cosa por el estilo.

Yo, si fuera lo que la América latina, contestaría a la Pardo:

Señora, lo que *se cree* aquí es que Ud. es *inevitable* como dijo el gran poeta Zorrilla, a quien Ud. maltrata después de muerto.

Y no solo le maltrata a él, sino a la que eran sus amores, a la lengua patria.

Porque dice D^a Emilia en el citado prólogo:

«Aquí va reinando una prevención favorable a los escritores americanos».

Prevención, dice el diccionario, es un concepto comúnmente desfavorable...

Pero D^a Emilia no quiere hablar como se habla comúnmente.

Así, deja para el vulgo decir opimo y ella dice ópimo, sin importarle que la *i* de *opimos* sea larga.

Y día llegará en que para distinguirse diga nárices.

¡Y pensar que esta D^a Emilia no siempre hizo una vida tan esdrújula!

No hay peor gongorismo que el de la vanidad.

Trasciende de los acentos a las costumbres.

A las mujeres en general, les gusta poner los puntos sobre las íes; D^a Emilia pone las íes sobre los puntos.

Y piensen lo que quieran en la América latina.

6.—«Instantáneas», *La Región Extremeña*. 13 de abril de 1893, p. 1.

Muere Taine, y un corresponsal, con ribetes de literato, que un periódico muy popular y muy bien escrito, tiene allí en París, nos anuncia que ha dejado de existir Adolfo Taine.

Pasan días, y un notable revistero que hace poco declaraba no haber leído a Renan (y lo demostraba, cometiendo graves errores en la enumeración de las obras del gran sabio francés) se lamenta del fallecimiento de Adolfo Taine y declara que no lo ha leído tampoco.

Y a todo esto Taine no se llamaba Adolfo, como ustedes saben, sino Hipólito. ¡Qué ilustración la de muchos de nuestros periodistas más distinguidos!

El segundo nombre de Taine era Adolfo, pero el primero y con el que todos le conocíamos, Hipólito.

Muchos le llamaban Enrique Taine, Henri Taine, por acá, pero Adolfo nadie... que hubiera visto sus libros por el forro siquiera.

H. Taine aparecía invariablemente en la cubierta de sus obras, y de ahí lo de Enrique (Henri), pero los que le llaman Adolfo prueban que no conocían al crítico ilustre... ni por el forro.

¡Estas pequeñeces son de tan triste esperanza! ¡Pobre cultura española!

¡En qué país, no siendo aquí, un literato como el Sr. Bremón había de hacer alarde de confesar, sin que nadie se lo preguntara, que no había leído a Renan ni había leído a Taine!

* * *

El Sr. D. Ramón D. Perés sí ha leído eso y mucho más; sus trabajos críticos y hasta sus versos demuestran su mucha cultura, y su buen juicio y gusto.

El Sr. Perés, o mucho me equivoco o es americano, pero en nada se parece a los Cortones, Candiles, Bonafuses, y otros *ejusdem furfuris* que han venido a España a *asimilársenos* y que se nos han indigestado en efecto.

Nada revela en los escritos del Sr. Perés que sea este señor del mismo continente, o de la misma isla del Nuevo Mundo, para ser exacto, que v.gr. el Sr. Labra.

El Sr. Perés acaba de publicar un libro de poesías que titula *Norte y Sur*.

Sea o no poema cíclico, como él dice, demuestra que el autor es hombre de sentimiento, de estilo, de ideas... pero me gusta más en prosa que en verso; porque los versos deben dejarse para los que son ante todo poetas.

El pensamiento en *Norte y Sur* es mucho mejor que la forma. ¿Quiere el señor Perés que le diga lo que me parecen sus versos? La traducción de un poeta extranjero de tercer orden, hecha por un Llorente, siempre correcto, fiel, noble en el decir, discretísimo, sobrio... y frío.

Además, el asonante casi perenne delata al prosista.

El asonante, privilegio de la poesía castellana, se hizo para el romance español octosílabo... cuando este tiene cierto ritmo misterioso que se ve en las comedias de nuestros grandes poetas, en parte de los romanceros, en Góngora y a veces en Zorrilla, por ejemplo.

El asonante como recurso, como *sucedáneo* de la rima completa, es pobre, triste, prosaico y horriblemente monótono.

No tome a mal nada de esto el Sr. Perés y mucho menos lo del poeta de tercer orden. Cuando los de primero son Shakespeare, Goethe, Dante, y los de segundo... ¡tente lengua! Los de tercero son algo bueno.

Pero el Sr. Perés, puede aspirar en la prosa y en la crítica a mejor puesto.

7.—«Instantánea», *La Región Extremeña*. 29 de abril de 1893, p. 1¹⁰.

No sé quién es, ni de dónde es, el señor Feliú y Codina; solo sé que hace tiempo se representó en Madrid una comedia suya titulada *Un libro viejo*, o cosa así, con éxito regular, y que hace pocas semanas se presentó un drama del mismo autor, titulado *La Dolores*, el cual obtuvo muy buena acogida por parte del público y de muchos revisteros de teatros, la señora Pardo Bazán inclusive.

He leído y después he visto representado el drama *La Dolores* y no hablaría de él si no estuviera sirviendo de pretexto a varios académicos envidiosos y mal intencionados para preparar un desaire a los señores Echegaray y Galdós.

Hablar como habla la señora Pardo, de la sencillez estética del Partenón con motivo del drama del señor Feliú, es sencillamente ridículo. Ni la señora Pardo ha visto el Partenón, ni *La Dolores* tiene nada que ver con la sencillez de la arquitectura griega de los mejores tiempos.

La Dolores no es, ni más ni menos, que uno de esos ensayos dramáticos que suelen escribir muchos hombres de cierta cultura que saben hacer versos y ensartar escenas vulgares con la misma facilidad con que harían jaulas y palillos de dientes si esto se aplaudiera y de ello se hablara en los periódicos. El señor Feliú es discreto, es simpático, pero ni es poeta, aunque hace versos sin *gorgorismos*, ni se puede decir que tiene el don del teatro, porque al final de su drama pone en boca de un seminarista homicida algunas palabras oportunas, elocuentes, de una sobriedad patética, de energía hermosa.

Todo lo demás de la obra es vulgar, ñoño, soporífero, anodino, insignificante.

Los versos unas veces son correctos, otras no; jamás son poéticos (a no ser los del final). En suma, un dramita bueno como piedra de toque para reconocer a los críticos de similar, que cuando se trata de juzgar cosa nueva, cosa que no viene precedida de fama sancionada por buenas autoridades, dan de hocicos en la vulgaridad, en el mal gusto, que es en ellos lo original, lo ingénito, sin que pueda en estos casos, ayudarles la erudición, más o menos auténtica.

La señora Pardo Bazán no tiene espontaneidad de gusto, es ciega para ciertas grandezas y para ciertas fealdades; ha leído mucho a los Heine, Flaubert y tantos otros que se han leído, con gracia y justicia, del mal gusto general, de los *Bouvard* y *Pecuchet* de las letras, de la filosofía, de la política,

¹⁰ N. de la R., «Por haber sufrido en correos un notable retraso este original, no hemos podido publicarla cuando nos la remitió su autor, hace quince días próximamente». Este artículo lleva el título de «Instantánea», en singular, y no forma parte de la sección «Instantáneas»; por la nota es evidente que le llegó a la redacción directamente del autor y no de agencia alguna, como el resto.

etc., etc.; pero en cuanto no tiene regla a mano para aplicar ese criterio de la *elite*; cuando tiene que juzgar por sí misma, da de bruces en la nativa *burguesía artística*, es un Bouvard más, y se dedica a admirar de todo corazón o *poco menos* a las medianías, al vulgo productor.

El que no vea que en *La Dolores*, en resumidas cuentas, no hay nada de un poeta, nada de un artista de alto vuelo, si no un feliz momento en una situación traída con violencia; el que quiera decirnos como la Pardo, que *La Dolores* es uno de los mejores dramas españoles, modernos, o procede de mala fe, o se acredita de vulgacho de espíritu, por más que dore esa vulgaridad con cosméticos de estudios fáciles y aparatosos.

En la señora Pardo habrá mucho de admiración sincera; no lo dudo: ella enseña su modismo crítico en esta ocasión como los otros lo enseñaron cuando se estrenó la famosa *Pasionaria*; pero también es posible y aun probable, que la señora Pardo obre en esta ocasión con relativa malicia al llevar sus alabanzas hasta la hipérbole, por el gusto de coadyuvar al resultado escandaloso de que el señor Feliú venza a Echegaray y a Pérez Galdós.

La señora Pardo no quiere bien a ningún literato de los buenos de veras y se dedica a proteger a las medianías, a los que hoy escriben literatura y dentro de unos años escribirán informes y dictámenes; porque estos no hacen sombra, porque a estos no les tiene envidia, y además estos le pagan sus alabanzas con gratitud eficaz de muchas maneras. Y esto último no lo digo por el señor Feliú, que no sé si le agradece o no a la Pardo sus elogios.

No haga caso el señor Feliú; ni a la Pardo ni a los académicos que le quieren premiar, ni a los gacetilleros que le alaban. Su *Dolores* no revela a un poeta, a un gran autor dramático; es la obra, acertada a trechos, de un hombre listo que quiso escribir un drama, y le salió una vulgaridad agradable a los ojos del vulgo.

Empéñese el señor Feliú en componer música para una *Ópera Nacional* y llegará a escribir algo que recuerde la música de los maestros clásicos y que no será sin embargo música inspirada.

Si insiste en ser poeta, verá dentro de algunos años qué disgustos, qué desengaños, qué olvido, qué indiferencia.

Otros andan por ahí que parecían más genios que el señor Feliú, a los *Pardos Bazanes* de hace años, y ahora no son más que clases pasivas del arte, caballeros particulares agriados para toda la vida. Si el señor Feliú quiere hacer una hombrada... no dispute laureles a los verdaderos artistas.

8.—«Palique», *La Lucha*. 6 de julio de 1893, p. 1.

No soy aficionado a mezclar los asuntos ajenos, a lo menos considerando de un modo directo a la literatura, con las materias propias de mis humildes trabajos de crítica; es más, me parece un signo malo respecto de la vocación

y facultades del crítico, al ver que quien ordinariamente solo de bellas letras se atreve a escribir y juzgar, de repente se mete por la Renta del Excusado y aborda problemas científicos, políticos, etc., etc.

No ha muchos días un crítico, de los que escriben sin gramática, eso sí, dedicaba nada menos que un artículo entero, muy largo, en una revista notable, a un tratado de *agricultura*, y esto bajo el epígrafe de «Impresiones literarias», y he de confesar que me causó estupor y un poco de risa semejante incongruencia. Ciertamente es que hoy las letras, por razones que sería imposible exponer en pocas palabras, se relacionan más que nunca con otros asuntos, particularmente con algunas ciencias naturales, sociales, antropológicas, etcétera, etc., pero el verdadero crítico literario debe evitar con tacto, prudencia y buen gusto, que se confundan las respectivas jurisdicciones de la ciencia y del arte, sin perjuicio de tener y aprender los conocimientos científicos que sean indispensables.

Hoy andan, en la crítica, muy mal definidas estas cosas, y es vicio general en la nueva generación de críticos, ser menos *artísticos*, menos *literarios* de lo que debieran y hacer inoportuno alarde de sistemáticas ciencias. Y lo peor es cuando estos alardes no obedecen a una sincera tendencia, a una educación seria en el sentido de ver en todo lo científico, sino a la pueril pedantería de mostrar que se ha leído a los *autores nuevos*, o cuasi nuevos, y que se conocen las más recientes teorías etnológicas, económicas, psicológicas, sociológicas, etc., etc.

Triste espectáculo, para quien de veras tenga la vocación literaria, el que ofrecían días atrás algunos pobres diablos literatos obligando a un notable escritor, literario de veras, a sacar a colación con motivo de crítica literaria permanente, las opiniones del filósofo positivista Spencer y del fisiólogo y algo psicólogo también Wundt, acerca de la belleza y el fin del arte., etc., etc. Como si Wundt, ni aun Spencer fueran eminentes autoridades en Estética. Ha de llegar día en que dé risa esta supersticiosa sumisión a todo lo que se llama *científico* y se expone en nombre del *análisis de los hechos*... Pero en fin, dejo esto.

Decía, que no me gusta mezclar con la literatura asuntos ajenos a ella; por eso, aunque por razón de mi oficio (de otro oficio) tengo el deber de estudiar algo de filosofía psicológica, etc., etc., procuro en mi crítica literaria que este otro aspecto de mis estudios no se conozca siquiera; y por de pronto, exclusión de la jurisdicción de mis artículos obras que sean principalmente científicas. Por eso no he hablado, por ejemplo, a su debido tiempo de muchos libros del ilustre Giner, de otros del eminente pensador español González Serrano, ni siquiera de las obras de mis queridos cuasi paisanos Aramburu, Sánchez Calvo, Posada, etc., etc. Si el señor Velázquez de Castro, catedrático de Medicina en la Universidad de Granada, lee este artículo, sírvale de explicación todo lo que antecede, para justificar el hecho de que yo no consagre a su reciente discurso acerca de *La responsabilidad de las históricas* toda la atención que merece.

Diré, sin embargo, algunas palabras por el mérito de la obra, y por las condiciones muy significativas con que se publica.

La responsabilidad de las histéricas, estudio médico legal según el autor, es un discurso leído en la inauguración de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada, y lo publica el señor Velázquez de Castro, por su cuenta, por lo visto, porque «excepto el Presidente Dr. D. Eduardo García Duarte, todos los señores académicos *se han opuesto a la publicación oficial* de este discurso por no considerarlo *ajustado al dogma católico*».

El hecho que revela esta advertencia es terriblemente significativo, y prueba mejor que cien discursos, cómo está España en materia de tolerancia científica, de espíritu reflexivo y de *educación moderna*, pudiera decirse.

Hace pocos meses, un claustro cuasi entero, el de la Universidad de Salamanca, veía sin protesta maltratar la memoria y casi casi los restos de un profesor notable, probo, nobilísimo... y ahora todos los académicos de una Academia de *Medicina* rechazan un discurso acerca del *Histerismo*... porque no se ajusta al *dogma católico*.

El único comentario digno de esto es... la emigración.

Si nuestros pobres aldeanos emigran porque les faltan condiciones económicas para subsistir en su patria, los pocos españoles que viven la verdadera vida del espíritu, acabarán por emigrar porque les falta el aire del alma libre en este árido terruño.

Obstinarse hoy en el fanatismo religioso de antaño, es obstinarse en conservar el más repugnante carácter de nuestra vida antigua.

Y todo esto lo digo yo, que estoy muy lejos de declararme conforme con las opiniones que se manifiestan en el discurso del señor Velázquez de Castro.

Su positivismo extremado, la facilidad con que da por comprendido [*sic*] «en un sentido de pura explicación fisiológica» misteriosos fenómenos interiores que pertenecen a una región de la vida muy poco y muy mal escudriñada, todo eso, y más repugna en la obra del ilustrado profesor mis ideas, y muy arraigadas convicciones, a mi observación y reflexión desinteresadas y de larga fecha.

Así, por ejemplo, el modo de tratar el histerismo de Santa Teresa que parece superficial y nada filosófico; verdad es que, como decía un poeta poco ha, *Verlaine*, Santa Teresa (y Safo, según él) es la mujer de verdadero genio que se ha conocido, en mi concepto.

Pero esta diferencia de opiniones no me impide reconocer el talento y la erudición sólida y de oportuna actualidad que demuestra el autor de este discurso.

Y menos me hubiera impedido mi idealismo (?) autorizar con mi voto la edición oficial de tan interesante opúsculo.

9.—«Colaboración inédita. Palique», *El Noticiero Balear*. 20 agosto 1893, p. 1.

Leo que el Consejo de Instrucción Pública está ahora estudiando los proyectos del señor Ministro de Fomento relativos a la reforma de la enseñanza.

Y a él ¿quién le presenta?

¿Al Consejo?

Quiero decir: ¿a él, al Consejo no lo reforman?

Y si una de las cosas que reforme el ministro es el Consejo, ¿está el Consejo estudiando si le parece bien o mal que le reformen? No lo creo.

Y sin embargo, por ahí había que empezar.

La instrucción pública, como todo elemento social de civilización tiene su mayor enemigo en lo que debiera ser su amparo, en el elemento administrativo que sirve como de armazón al organismo técnico.

Sucede en esto como en todo, por ejemplo en materia de comunicaciones. La ciencia nos da el telégrafo que suprime las distancias, y la administración nos da el *servicio telegráfico* que restablece las distancias y... las alarga.

En instrucción pública, en España a lo menos, una de las cosas que más entorpecen la vida intelectual son las leyes sobre instrucción pública. Pero como las leyes por sí solas no pueden hacer daño a nadie, es claro que los que les sacan el jugo dañino son los encargados de aplicarlas.

Lo peor es que en España el elemento técnico de la enseñanza se ha contaminado y hoy tenemos muchísimos profesores que miran su obligación bajo un punto de vista oficinesco, de formalismo oficial que hace no solo inútil, sino perjudicial la enseñanza administrativa de esa manera.

Pues bien, el Consejo de Instrucción pública viene a ser como el *deus ex machina* de toda esta corrupción de lo técnico por lo administrativo.

La parte del profesorado que está a la que salta, que ha entrado en la ciencia (!) para medrar y por los medios adecuados al medro, más se preocupa de agrandar a los Sres. del Consejo que de cumplir con los rigurosos [*sic*] y poco ostentosos deberes que impone la escrupulosa conciencia del buen pedagogo y del buen científico.

Hay muchos catedráticos que a lo que atienden es a hacer méritos oficiales, de los que el Consejo pesa, cuenta y mide, lo cual se consigue no siendo un modelo de maestros en la oscuridad de la cátedra, que allí no va el Consejo, sino publicando libros de texto que importa poco que sean malos y copiados si el interesado sabe manejar bien el expediente y emplea todo el papel de oficio que es del caso, en solicitudes, y toda la cartulina indispensable en tarjetas y B.L.M. de recomendación. (Esto sin contar con que estos libros de texto que sirven para hacer *méritos* sirven para hacer cuartos, gracias a precios exorbitantes que se consiguen merced a un valioso monopolio que recuerda las condiciones económicas del trabajo de los presidios).

Sucede, por consiguiente, que cuando un profesor que atiende a la ciencia de verdad, como Menéndez y Pelayo, pretende que se tomen en cuenta sus trabajos, no lo consigue, porque no ha sabido cultivar el *abono* administrativo, que es el único en que crecen los frutos de galardón del Consejo de Instrucción Pública.

Otro de los inconvenientes de esta máquina de fabricar... chocolate científico consiste en que el personal del Consejo no está, salvando honrosas excepciones, ni a la altura de la institución de que se trata, ni siquiera con la debida consonancia con ella.

Así se ve que en secciones de Filosofía hay consejeros y hasta ponentes boticarios, en secciones de Derecho músicos y botánicos, en secciones de ciencias Exactas clérigos y abogados, etc., etc.

Otrosí, los consejeros más influyentes no son los más sabios, sino los más activos en el expediente, en las visitas, camarillas y recomendaciones.

Así, hay un señor Vallín y Bustillo que todos los catedráticos se encuentran hasta en la sopa.

El Sr. Vallín es una ardilla, se mete en todo, parece un Briareo administrativo con un brazo metido en cada expediente... gracias a este señor, los profesores que están examinando en un tribunal tienen que atender a una hoja impresa, que es el expediente del examinando, hoja capaz de marear y distraer al mismo Julio César, que tantas cosas hacía a un tiempo.

Pues no digamos nada del Sr. Palou, especie de Cerralbo tonsurado que ora explica en hebreo, ora cánones, ¡*ora...* pronobis! Y es el que manda en todas partes y todo lo preside, guía y administra...

Es natural que consejeros de tal carácter guarden todas sus simpatías para los que son como ellos; y así se ve que suben en categoría (y hasta en el escalafón, aunque legalmente esto sea *sobre* natural) los que visitan mucho, quitan motas, se dan tono, publican libretos indigestos y de contrabando y se ponen al sol que más calienta.

De modo que si el Sr. Moret, cuyos buenos propósitos en asuntos de enseñanza son evidentes, quiere hacer una cosa buena, reforme el Consejo de Instrucción Pública purgándole del delito mayor, que es haber nacido.

Y de acuerdo con Calderón de la Barca suprima el tal Consejo de una plumada.

Y qué diablo, al Sr. Palou no le faltará dónde maniobrar.

Y en último caso, que se consagre a la tarea propia de su estado.

Que diga misa.

10.—«Colaboración inédita. Palique», *El Noticiero Balear*. 22 de septiembre de 1893, p. 1-2.

El Sr. D. Juan F. Riaño es una figura de la política y de la administración españolas, así como de las letras, digna de grandes elogios y merece

asimismo la gratitud constante de muchas personas que le deben actos de justicia que son entre nosotros verdaderos y poco prodigados favores.

Entre estos agradecidos al espíritu recto del señor Riaño tengo el gusto de contarme.

Pero esta gratitud no me ha de impedir, en respetuosa advertencia, notar los inconvenientes que encuentro en ciertas correspondencias tuyas de que hablaré en cuanto acabe de enumerar a grandes rasgos, los méritos y circunstancias del Sr. Riaño.

Erudito verdadero, no de los que más bullen, pero sí de los que trabajan, consagra el Sr. Riaño sus desvelos principalmente a la Historia, y por gustos propios y de *afinidad* se ocupa en materias de arte, desde el punto de vista arqueológico principalmente.

Es hijo político del ilustre Gayangos, famoso para el público *grande*, principalmente por sus comentarios y traducción de la *Historia de la Literatura española* de Ticknor. Parece ser que la muy discreta y amable persona por la cual son parientes Gayangos y Riaño es peritísima en asuntos de arte y que, como su padre, mantiene constante comercio con la vida intelectual y particularmente estética de Inglaterra.

Viviendo en tal *medio* no es extraño que los intereses de la cultura seria y refinada sean para el Sr. Riaño importantísimos, y campo principal de su actividad fecunda.

El señor Riaño, sin ambicionarlo, por deber, vióse hace algunos años, en una de las primeras situaciones liberales de la Restauración en el para él duro trance de aceptar la dirección de Instrucción Pública, en la que dejó recuerdos que difícilmente podría emular nadie.

Familiarizado con la literatura y la ciencia inglesas, el Sr. Riaño escribe en la lengua de Milton, a lo que entiendo con admirable soltura, y bien lo prueban sus correspondencias al *Athenaeum* de Londres, de que voy a hablar ya por ser este el asunto principal de estos renglones.

Ya se sabe que *El Athenaeum*, uno de los periódicos-revistas más populares y acreditados del mundo, pues aunque un tanto *catedrático* en algunas de sus secciones, y algo desdeñoso a veces desde el punto de vista de la *información*, que dicen ellos, no tiene pero, y aun por otros muchos conceptos merece la fama de que disfruta.

Suele el *Athenaeum* al empezar el año económico, cuando nuestros gobiernos suelen pedir autorización para seguir desbaratando el crédito nacional con los presupuestos ruinosos del año anterior, suele digo, el *Athenaeum*, al empezar el semestre segundo del año, publicar un largo resumen de todo el movimiento literario durante los doce meses anteriores.

Sendos escritores de los países respectivos firman largas revistas literarias de Bélgica¹¹, Bohemia, Dinamarca, Francia, Alemania, Grecia, Holanda, Hungría, Italia, Polonia, Rusa, España y Suecia.

¹¹ N. del A.: Está por el orden de las correspondencias de este año.

De la crónica literaria española está encargado el Sr. D. J. Facundo Riaño.

Se nota en todos los demás corresponsales que entienden por literatura, ante todo, la verdadera literatura, la bella, la artística, la que el catálogo del Ateneo de Madrid llama *vaga y amena* literatura. Mi Sr. Riaño no sigue en este punto a sus colegas.

Para él la reseña literaria se reduce casi a una reseña del género histórico, y del género histórico en lo que tiene de menos literario y de más *erudito*; llena su crónica de este año el corresponsal español casi casi con citas de libros de *noticias* históricas más o menos interesantes, libros que, por muy apreciables que sean, no representan la literatura española de 1892 a 1893.

Es cierto que otros años, aunque ya pecaban tales reseñas por exceso, no era hasta el grado que esta vez; pero en parte sirva de disculpa al Sr. Riaño lo mucho que se ha escrito con ocasión del centenario del descubrimiento de América.

Pero es el caso que en la minuciosa revista de lo que por acá se ha escrito acerca de Colón y el descubrimiento, revista que bien se puede calificar de completa... por lo que toca a libros de *noticias*, no hay un mal recuerdo, ni una inserción de... la *Historia del descubrimiento de América* por D. Emilio Castelar.

¿Es que no sabe el Sr. Riaño que Castelar publicó en 1892 un tomo de su *Historia del descubrimiento de América*?

No se concibe que ignore suceso tan notorio el diligentísimo cronista que está enterado de que el Sr. Foronda ha dado a luz recientemente unos apuntes de viajes titulados «De Llanes a Covadonga»; y es que no solo está enterado, sino que les da la interesante noticia a sus lectores de Inglaterra, los más de los cuales sabrán de seguro quién es Castelar, pero no dónde está Llanes ni quién es Foronda, por más que Foronda sea un excelente caballero y Llanes la patria de Posada Herrera.

El Sr. Riaño, que nos habla de multitud de historias que no han de pasar a la historia, deja para toda la demás literatura el último rinconcito de su crónica y se contenta con decir que la poesía lírica solo dio de sí algunas bagatelas de Campoamor y al teatro las dos comedias de D. José Echegaray tituladas *Mariana* y *Dolores*.

Nada más sabe el Sr. Riaño de la literatura española en 1892 a 93; sabe que Echegaray escribió *Mariana...* y *Dolores*. Si el ilustre director de Instrucción Pública prestara más atención a las *vagas y amenas* tal vez se hubiera llegado a enterar de que si el Sr. Foronda escribió un viaje de *Llanes a Covadonga*, no faltó un Pérez Galdós que diera a la escena una comedia titulada *La loca de la casa*, y un Sr. Feliú y Codina que fuese aplaudido por un drama titulado *Dolores*, que es mucho más suyo que del Sr. Echegaray, que no habrá hecho más que verlo.

No quiero ya hablar de los muchos autores que como Sellés, Armando Palacio, Taboada, etc., etc., han publicado libros *literarios* durante los últi-

mos doce meses, sin que el Sr. Riaño parezca sospecharlo; nada digo porque podría creerse que yo me daba por preterido. No recuerdo si en el término que abarca la crónica del Sr. Riaño he publicado algún libro, creo que no, pero de todas maneras no me quejaría yo de que se me olvidara a mí; que bien lo merezco. Pero hay otro. Por ejemplo, la novela publicada por A. Palacio este año, el *Maestrante*, ha sido traducida en inglés y alemán y francés; se ha publicado en Londres, en Nueva York, en París... y Riaño ni la cita ni la alude.

Tampoco sabe el Sr. Riaño que con un prólogo de Castelar se ha publicado una traducción de los *Héroes* de Carlyle, ilustre escritor inglés hasta casi desconocido del público español. ¿No valía la pena de unos cuantos renglones esta noticia que algo podría interesar en Inglaterra?

Todos estos olvidos del Sr. Riaño, y estos errores de bulto (como el de atribuir a Echegaray el drama de Feliú) son lamentables en extremo porque llueven sobre mojado y por tratarse de un escritor tan notable, tan serio, tan justo, tan honrado y de una correspondencia de grandísima importancia.

¿Cómo quejarnos de los ingleses, de los franceses, de los italianos, porque nada o poco saben de nuestra literatura contemporánea, si los españoles ilustrados a quien consultan y piden noticias se las dan tan desdeñosas, incompletas y erróneas?

Porque, repito, que llueve sobre mojado; sobre poco más o menos el Sr. Riaño siempre hace lo mismo.

* * *

En general tenemos mala estrella por cuanto se refiere a nuestras relaciones internacionales de literatura. Díganlo sino las enciclopedias y diccionarios extranjeros en que se trata de autores españoles.

Hay varios sujetos que se adelantan a servir de *intérpretes* y de *cicerones* a los literatos de fuera que quieren conocernos, y estos tales truchimanos arrian el ascua a su sardina y dan noticias tan disparatadas como autorizadas y parciales.

Así por ejemplo, al buen Gubernatis le dijeron hace ya muchos años, que uno de los mejores autores dramáticos españoles era... Gil y Zárate, y así lo estampó en su *Historia Universal de la literatura*.

El mismo erudito italiano publicó un *Diccionario* biográfico de literatura y mientras dedica columnas y más columnas a escritorzuelos castellanos que se habrán apresurado a darle noticias de sus obras y de su personilla, ni siquiera cita el nombre de Pereda, v.gr.

De mi humilde persona dice tres o cuatro mentiras.

Quien sale bien librada de estos casos casi siempre es D^a Emilia Pardo Bazán.

Pero amigo, es que esa tiene bien montado en su casa (Ancha de San Bernardo) todo un *consulado general* de literatura y bombos mutuos.

Y ella no dice tonterías, pero si las dijera, las vendrían a saber no cuatro naciones, como dice el soneto, sino cuatrocientas.

Es la *Gil* y *Zárate* de ahora.

11.—«Colaboración inédita. Revista mínima», *El Guadalete*. 3 de marzo de 1896, p. 1.

También los literatos franceses hacen tonterías, ni más ni menos que los de aquí. Particularmente los *jóvenes* (algunos *vienen siéndolo* desde la caída de Napoleón III) no saben ya qué hacer para llamar la atención. Lo mejor sería escribir obras muy buenas; pero como eso es difícilillo, y además supone un amor a la *acción* y al *resultado* que tiene algo de *burgués*, prefieren entretenerse de modo más *crítico*, más al *Hamlet*, y se dedican a despreciar a los maestros y a alabarse a sí propios.

No hace mucho se han reunido hasta 141 jóvenes y han caído en la cuenta de que ellos, los 141, ni uno más, ni uno menos, serán los escritores célebres del siglo que viene.

Como se ve, eso ya no es una *escuela* literaria, ni cosa parecida, sino un *banco de emisión*, que pone en circulación muchos billetes de gloria... y apenas tiene fondos con que responder del crédito que solicita.

De modo que la posteridad tendrá que *hacer cola* cuando se presente a cobrar.

A no ser que los 141 se declaren genios de circulación forzosa.

* * *

Otra mala manía, también de moda, es la de recurrir al sufragio, a la razón de la mayoría, para resolver cuestiones de buen gusto.

Primero se abusó de las *informaciones* públicas para saber qué libros eran los que se debían leer; ¡y se leía cada disparate!

Ahora la cosa es más personal y más repugnante, en consecuencia.

La Plume de París pregunta: ¿cuál es nuestro mejor poeta? Y los poetas jóvenes acuden como un solo Bouvard o Pecuchet a votar; y resulta que, por 237 votos, el mejor poeta es Esteban Mallarmé, que, en efecto, es hombre de talento, imaginación y cultura, pero que Dios sabe si será el mejor poeta de Francia. Uno de los votantes declara que Mallarmé es el mejor... porque no se le entiende una palabra.

De modo que si siguen los jóvenes con esa afición a las oscuridades y ciencias ocultas, van a acabar por convertir la poesía en una especie de espiritismo con mesas se-movientes y todo.

* * *

Los ingleses no tienen poeta primero en terna, por decirlo así, por sufragio, en votación nominal; pero lo tienen de real orden; la Reina, por medio de sus ministros responsables, designa el poeta de Cámara, como si dijéramos: vamos, el poeta predilecto del poder moderado. Ahora ese poeta se llama Austin y parece que debe su carácter de favorito a la intimidad de un gran personaje.

Todo esto, lo mismo lo de Francia que lo de Inglaterra, es ridículo; pero tiene un aspecto respetable y aun envidiable, porque supone ese afán de tener un poeta escogido, que en esos países todavía se da importancia a la poesía.

En España, se anda a puñaladas por una concejalía, por un distrito; pero si se fuera a votar quien era el mejor poeta... quedarían desiertos los comicios, irían las actas en blanco y resultaría que el mejor poeta era Cánovas.

* * *

Pero supongamos que la votación llegara a verificarse y fuese leal, sincera, votación verdad (imposible en España, ya lo sé, pero soñemos, alma, soñemos).

¿Qué poeta tendría más votos?

¿Más o mejores?

Más, yo creo que Núñez de Arce.

Mejores, de seguro, Campoamor.

Y Carulla se votaría a sí propio.

* * *

Una buena noticia para los que no las tengan todas consigo y le hayan tomado asco al *otro mundo* por miedo a las penas eternas.

El reverendo Doctor Mouley ha escrito un trabajo que se titula «El infierno no es de revelación divina». Y comienza diciendo: «Ni en griego ni en hebreo hay, en las Escrituras, palabra que corresponda a la nuestra de infierno (*Hell* en inglés) ¿Qué palabras son las que corresponden a lo que se ha traducido por infierno? Cuatro. Una de ellas es el vocablo hebreo, *Sheol*, que unas veces se traduce en la Biblia, *infierno*, otras veces sepultura (*grave*) y otras veces hoyo, fosa, abismo (*pit*)».

La palabra griega *Ades* (del infierno de la mitología helénica) aparece diez veces en la revisión del Nuevo Testamento, y el *Tártaro* figura en la Epístola de San Pedro.

De todas suertes, y por lo que pueda tronar,
obrar bien es lo que importa

Como dijo Calderón, y yo aconsejo a los concejales prevaricadores que se arrepientan y devuelvan los *efectos* indebidamente devengados...; no sea que después resulte que el infierno está correctamente traducido, y llámese *Gehenna*, Tártaro, *Ades*, *Sheol*, o como se quiera, está, pese a todas las filologías, dónde y cómo dice el P. Astete.

Y sí estará. Porque estas malas noticias siempre salen verdaderas.
Piensa mal y acertarás.

12.—«Colaboración inédita. Palique. El repórter y el gondolero», *El Guadalete*. 17 de octubre de 1896, p. 1

Yo creía que no había en el mundo gente menos erudita que algunos chicos de la prensa... pero todavía saben menos ciertos, o inciertos, gondoleros venecianos.

Verán Udes. por qué lo digo.

Uno de esos periodistas que fueron a Italia a presenciar el acto solemne de poner a flote por primera vez un barco español, por *naturalización* subsiguiente, pero de nacimiento italiano, uno de esos Aretinos de poco sueldo, se permitió correrse hasta Venecia.

Y se metió en una góndola. ¡Naturalmente!

Y góndola va, góndola viene... le sucedió lo que sigue:

El gondolero, que debía de ser crítico por horas, como era gondolero de punto, y por consiguiente, por ser crítico chico de teatros, no sabía palabra de literatura dramática, le dijo al periodista español:

—En ese palacio (señalando un palacio) mató Otelo a Desdémona.

Y como el español pusiera en duda la noticia, el gondolero añadió:

—¿No ha leído Ud. la tragedia?

¡Qué pillín!

Pillín no el gondolero, sin el Sr... (¿Pues no iba a decir su nombre?) el señor periodista hispano que inventa gondoleros cultos, según él, pero inocentes, *naifes* como diría Ladevese.

La idea del periodista en esa fábula, es esta: que es tan popular en Venecia la tragedia de Shakespeare *Otelo*, que el vulgo la toma por historia real; y así como en Italia también en Verona se enseña al viajero al tumba de Romeo y Julieta como lugar histórico, en Venecia se enseña el palacio en que, según Shakespeare, mató a su mujer el *Moro de Venecia*.

Claro que el periodista español, no cree que en palacio alguno de Venecia matara Otelo a Desdémona. No lo cree porque sabe que el drama no es histórico.

Y se queda tan fresco.

Porque, como buen crítico de teatros que supongo yo que será, ignora que, aun suponiendo que el drama de Shakespeare fuera el Evangelio, fuera histó-

rico punto por punto... el gondolero, si conocía el *Otelo*, no podía creer que en Venecia estaba el palacio en que *Otelo* mató a Desdémona.

Pues el que haya leído el *Otelo*, sabe que la acción del primer acto pasa en Venecia y la de todos los demás en un *puerto* de la isla de Chipre. Y en la isla de Chipre es donde mató a Desdémona su negro esposo.

De modo que en la plancha veneciana del repórter español hay el suficiente hierro para convertir en acorazado la góndola de autos.

Moraleja:

Primero se coge a un embustero que a un cojo.

Sobre todo si el embustero se pone a hablar del *Otelo* sin haberlo leído.

* * *

Título de un artículo de periódico:

«Guayuaquil ardiendo»:

Casi casi, chocolate.

* * *

Otro repórter: al doctor Rizal solo hemos podido verle la policía y yo. Es de poca estatura, no muy grueso, de elegante porte y bastante alto.

De donde resulta un doctor de goma elástica.

Porque primero es de poca estatura y, a las cuatro palabras más adelante, se estira, y ya es bastante alto.

Con una cédula personal *extendida* por ese repórter va cualquiera a presidio.

* * *

Bremón no es repórter, o por lo menos es un repórter sedentario, o inmueble. Ha echado raíces en su crónica que es una enfermedad ídem de *La Ilustración*.

Bueno; pues Bremón, opina que «los partidos se fraccionan en su interior». Lo raro sería que se fraccionaran fuera de sí.

Si yo parto en cachos una manzana, es claro que los cachos son de la manzana, no de una pera.

«Todos nos burlamos de la ley»

Yo, no señor; me burlo de algunos legisladores y no tomo muy en serio, v.gr. al Sr. Lastres ¿Pero burlarme de la ley? Dios me libre.

«Llamamos *lata* a lo descrito»

Vaya, a este le han llamado latoso.

* * *

Et pour cause.

Leo en *El Liberal*:

«Por una buena vez diré:...»

Y grito: ¡Ladevese! Pues no señor: ¡Vincenti!

«*No hace falta jurar de nada*» (il ne faut jurer de rien) como diría Ladevese... O Vincenti.

* * *

Voy a acabar con un cuento, como Bremón; pero no es mío.

El barbero de Víctor Hugo, le dijo un día:

— Señor, según los sabios, el mundo va a acabarse dentro de poco. El 2 de marzo morirán todos los criminales y el 4 todos los hombres.

¡Dios mío, me espanta Ud! Entonces ¿quién me va a afeitar a mí el día 3?

* * *

Uno a quien le contaban esto, preguntó:

— ¿Y qué dijo el barbero?

— Hombre, ¿a Ud. qué le importa? De seguro no dijo que le afeitaría usted.

13.—«Críticos a la parrilla», *El Guadalete*. 12 de abril de 1897, p. 1.

No tienen la culpa ellos, por supuesto, sino los empresarios y directores de periódicos que los toleran.

Que haya muchos ignorantes y muchos tontos que se den, como Chénier, una palmada, en la frente, diciendo: aquí hay algo, pero sin tener *allí* lo que Chénier sentía, no tiene nada de particular. Lo que no puede aguantarse con paciencia es que por más audaces, más intrigantes, mejor recomendados o por venderse a vil precio estén ocupando, en periódicos de mayor o menor circulación, plazas de redactores literarios, majaderos *analfabetos* que debieran dejar el puesto a los jóvenes de gracia, estilo, estudios, gusto y espíritu recto que por tímidos, poco relacionados e incapaces de contentarse con dos pesetas, no pueden encontrar colocación honrosa, digna de su mérito, en la prensa que goza el favor del público.

Yo podría citar nombres propios de los buenos y de los malos, pero por ahora, y en esta colaboración, no quiero.

Lo que sí haré, recordar algunos de los más insignes disparates que se han escrito estos días por esos indocumentados de la crítica a perro chico.

Uno que se firma Gil Blas de Santillana (esto no es *nombrarle*, porque él no se llama así; es, a lo más, *pseudo-nombrarle*) discute, con motivo de un drama nuevo la tesis del duelo; reconoce que en razón y en justicia tan criminal es el

diestro que mata en desafío, según arte, como el que mata, llevado de ímpetu invencible, de cólera, valiéndose de sus propias fuerzas, sin arte, sin armas.

Poco después de reconocer esto, sostiene muy serio que el duelo debe seguir, y que no se le puede combatir porque «los hechos no se discuten».

De modo que si Ud. dice un disparate, como es un *hecho* que Ud. lo ha dicho, es indiscutible, no se puede discutir si es disparate o no. Ya me figuro yo a un asesino ante el Tribunal.

— Señores magistrados: yo he pegado una puñalada a Fulano, pero como es un hecho, no consiento que se celebre el juicio, porque en todo juicio hay controversia y los hechos, las puñaladas, no se discuten.

Si el duelo, señor crítico, es un hecho... malo, que es, pero *no debía ser*, cabe discutir para que *no sea* en adelante, si es cosa mala. Lo que no se discute es si *los duelos* que ya se realizaron (y esos son *hechos*), se realizaron o no; pero si el duelo debe seguir, si debe haber más *hechos* que sean duelos ¿por qué no ha de discutirse?

Pero no extrañen Uds. esa dialéctica del tal Santillana, porque a renglón seguido, añade que «conviene que haya absurdos; el absurdo muchas veces tiene razón».

Y aquí lo absurdo, pero *sin razón*, es que un periódico tan serio como *El Día*, fundado por hombre tan sensato como el marqués de Riscal mantenga un crítico de teatros que dice semejantes cosas.

Otro crítico de estos, y por cierto de muchas pretensiones (este se deja llamar Calínez, pero se llama de otra manera) califica de tontas a todas las naciones cultas que se divierten con los *confettis* y las *serpentinis*, y él canta la belleza de las corridas de toros, «que le parecen eminentemente artísticas». Claro, ¡qué cosa más estética que las tripas de los caballos arrastradas por la arena, y los batacazos de los picadores y los insultos de público valiente, que sin peligro, detrás de la barrera, llama cobardes a los pobres toreros! *Prerrafaelismo* puro. Consta que Homero, para idear a su gran Aquiles se inspiró en unas cuantas caídas de latiguillo.

¡Qué críticos!

Tienen sangre torera, pero no ciertamente la sangre azul de la *aristocracia del arte*.

Y por último se presenta un *sobresaliente* de crítico, que, examinando el argumento del drama *Los plebeyos*, dice que las luchas de nobles y plebeyos ya no son de nuestro tiempo, que en Roma las hubo y duraron hasta que vino el cristianismo a hacernos iguales a todos.

De modo que este crítico cree que las luchas de patricios y plebeyos duraron en Roma, por lo menos, hasta Constantino.

Y se queja uno de los *preinsertos*, o puestos a la parrilla, porque yo aconsejo a los propietarios de los periódicos que echen de las redacciones a los que escriben así.

Y gracias que no se pide que los *echen* a galeras.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alonso, Cecilio (2001). «Clarín en la prensa de Valencia (1889-1901)», *Monte-Arabí*. 33, pp. 7-31.
- Alonso, Cecilio (2002). «Clarín y la configuración del espacio en la prensa de la Restauración», en VV. AA., *Leopoldo Alas, un clásico contemporáneo (1901-2001)*, I. Oviedo: Universidad, pp.157-201.
- Altabella, José (1972). «Notas para la pre-historia de las agencias de prensa en España», *Estudios de Información*. 21-22, enero-junio 1972, pp. 11-38.
- Axeitos Valiño, Ricardo y Patricia Carballal Miñán (2004). «Instantáneas de Emilia Pardo Bazán en Las Provincias de Valencia», *La Tribuna*. 2, pp. 367-415.
- Botrel, Jean-François (1993). «La prensa en las provincias: propuestas metodológicas para su estudio», en M.^a Ángeles Naval (coord.), *Cultura burguesa y letras provincianas. Periodismo en Aragón (1834-1936)*. Zaragoza: Mira Editores, pp. 15-37.
- Botrel, Jean-François (2001a). «Clarín y la prensa», en *Un siglo con Clarín. Exposición bibliográfica en el centenario de su muerte*. Oviedo: Universidad, pp. 77-82.
- Botrel, Jean-François (2001b). «Clarín periodista», en Amaranta Ariño (coord.), *Clarín 100 años después. Un clásico contemporáneo*. Madrid: Instituto Cervantes, pp. 125-131.
- Botrel, Jean-François (2012). «Introducción», en *CLARÍN, Cuentos morales*. Madrid: Cátedra, pp. 11-76. Primera edición 1896.
- Checa Godoy, Antonio (2011). *Historia de la prensa andaluza*. Sevilla: Alfar.
- Clarín (1973). *Palique*. José María Martínez Cachero (ed.). Barcelona: Labor. Primera edición 1893.
- Clarín (2001). *El hambre en Andalucía*. Crítica, estudio preliminar y notas de Simone Saillard (ed.). Toulouse: Presse Universitaires du Mirail. Primera edición 1882-1883.
- Clarín (2005a). *Obras completas, VIII. Artículos (1891-1894)*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Clarín (2005b). *Obras completas, IX. Artículos (1895-1897)*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Díaz Alejo, Ana Elena y Yolanda Bache Cortes (ed.) (2002). Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras IX. Periodismo y Literatura. Artículos y ensayos 1877-1894*. México: UNAM.
- Ezama Gil, Ángeles (1988). «La crítica de la poesía en verso y un olvidado relato de Clarín», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 125, pp. 779-803.
- Ezama Gil, Ángeles (1992). *El cuento de la prensa y otros cuentos*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Ezama Gil, Ángeles (1997). «Prólogo», en Leopoldo Alas, *CLARÍN, Cuentos*. Barcelona: Crítica, pp. XXV-XCIX.
- González Herrán, José Manuel (2002). «Artículos/cuentos en la literatura de Clarín y de Pardo Bazán», en *Sociedad de Literatura española del siglo XIX. II coloquio. La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX (Barcelona, 20-22 de octubre de 1999)*. Barcelona: PPU, pp. 209-227.
- González Herrán, José Manuel (2013). «Procedimientos de reescritura en algunas crónicas periodísticas de Emilia Pardo Bazán (1912-1915)», en AA.VV., *Escritoras españolas en los medios de prensa 1868-1936*. Sevilla: Renacimiento, pp. 117-137.
- Lissorgues, Yvan (1980). *Clarín político, I*. Toulouse: Université de Toulouse-le-Mirail.
- Lissorgues, Yvan (1981). *Clarín político, II*. Toulouse: Université de Toulouse-le-Mirail.
- Lissorgues, Yvan (2004). «La producción periodística de Leopoldo Alas, Clarín (1868-1901)», en Leopoldo Alas, *Obras completas.VII. Artículos (1882-1890)*. Yvan Lissorgues y Jean-François Botrel (ed.). Oviedo: Ediciones Nobel, pp. 7-50.
- Lissorgues, Yvan (2005). «Leopoldo Alas, Clarín, periodista», en Leopoldo Alas, *Obras completas.VII. Artículos (1882-1890)*. Yvan Lissorgues y Jean-François Botrel (ed.). Oviedo: Ediciones Nobel, pp. 7-49.

- Lissorgues, Yvan (2007). *Leopoldo Alas 'Clarín' en sus palabras (1852-1901)*. Oviedo: Nobel.
- Lissorgues, Yvan y Jean-François Botrel (2002). «¿Una obra periodística completa?», en Leopoldo Alas, *Obras completas. V. Artículos (1875-1878)*. Yvan Lissorgues y Jean-François Botrel (ed.). Oviedo: Ediciones Nobel, pp. 7-13.
- Martínez Cachero, José María (1973). «Introducción», en Leopoldo Alas, *Palique*. José María Martínez Cachero (ed.). Barcelona: Labor, pp. 7-40. Primera edición de 1893.
- Micolau Adell, José Ignacio (2011). «Paliques de Clarín en la prensa de Alcañiz», *Turia*. 57, pp. 164-217.
- Navarro Adriaensens, José M. (1983). «Leopoldo Alas y su actitud ante la lengua», *Anales de Literatura española*. 2, pp. 399-407.
- Pereda, José María de (ed.) (2009). «Los zánganos de la prensa», en José María Pereda, *Obras completas. X. Miscelánea (II)*. Introducción y notas de Salvador García Castañeda (ed.). Santander: Ediciones Tantín, pp. 197-206. Primera edición de 1864.
- Sánchez Aranda, Francisco Javier (1991). «Factores de cambio de la prensa regional en la Restauración», en *Jornadas sobre Prensa y Sociedad*. Logroño: IER, pp. 161-172.
- Thérenty, Marie-Ève (2007). *La littérature au quotidien. Poétiques journalistiques au XIXe siècle*. Paris: Éditions du Seuil.
- Valera, Juan (2002). *Correspondencia, I. 1847-1861*. Leonardo Romero Tobar (dir.). Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo. Madrid: Castalia.

Fecha de recepción: 22 de febrero de 2013.

Fecha de aceptación: 8 de julio de 2013.